

Conferencia a la Comunidad¹

Benito Rodríguez, OSB²

DESEO TOMAR PARA ESTA REFLEXIÓN ALGUNOS PASAJES DE TEXTOS de Benedicto XVI que me han suscitado un eco especial en este tiempo. Son todos ellos textos que evocan algo profético para la Iglesia misma, y que también fueron elaborados en un momento muy particular de la misma vida del Papa.

“Mi verdadero programa de gobierno es no hacer mi voluntad, no seguir mis propias ideas, sino ponerme, junto con toda la Iglesia, a la escucha de la palabra y de la voluntad del Señor y dejarme conducir por Él, de tal modo que sea Él mismo quien conduzca a la Iglesia en esta hora de nuestra historia” (Homilía 24 de abril 2005).

En estas palabras de Benedicto XVI al iniciar su ministerio petrino, podemos también identificar cuál sea para nosotros hoy la invitación que nos hace el Señor: a que cada uno no se aferre a sus propias ideas, *a lo que le parezca útil para sí mismo*, sino a ponernos, junto a toda la comunidad, a la *escucha de la Palabra y de la voluntad*

¹ Esta conferencia la di al concluir mi abadiato, el miércoles 13 de septiembre, con el deseo de preparar a la comunidad para la elección de un nuevo Abad.

² Abad Presidente de la Congregación Benedictina de la Santa Cruz del Cono Sur.

del Señor, en esta hora de nuestra historia, de la historia de nuestras comunidades, de nuestra Iglesia. Es una invitación a entrar en este tiempo en un tiempo de mayor silencio, para disponernos a acoger el Don que el Señor nos quiere regalar.

“La Iglesia es un cuerpo vivo, animado por el Espíritu Santo y vive realmente por la fuerza de Dios. Ella está en el mundo, pero no es del mundo: es de Dios, de Cristo, del Espíritu (...) La Iglesia vive, crece y se despierta en las almas, que –como la Virgen María– acogen la Palabra de Dios y la conciben por obra del Espíritu Santo, ofrecen a Dios la propia carne y, precisamente en su pobreza y humildad, se hacen capaces de generar a Cristo hoy en el mundo. A través de la Iglesia, el Misterio de la Encarnación permanece presente para siempre. Cristo sigue caminando a través de los tiempos y de todos los lugares. Permanezcamos unidos, queridos hermanos, en este Misterio: en la oración, especialmente en la Eucaristía cotidiana, y sirvamos así a la Iglesia y a toda la humanidad. Esta es nuestra alegría, que nadie nos puede arrebatar” (Despedida a los Cardenales, 28 de febrero 2013).

Nuestra comunidad también tiene la misión de ser Iglesia en medio del mundo, como una barca que navega sobre las aguas del mundo, de la historia, según nuestro carisma monástico. A través de la Iglesia, el Misterio de la Encarnación, nos dice Benedicto XVI, permanece presente para siempre, y así *Cristo sigue caminando a través de los tiempos y en todos los lugares*. Es también una misión para nuestra comunidad monástica hoy, *la de generar a Cristo hoy en el mundo, acogiendo la Palabra de Dios y concibiéndola por obra del Espíritu Santo..., ofreciendo a Dios la propia vida, la propia humanidad: en toda su pobreza, con humildad.*

“Lo que más necesitamos en este momento de la historia son hombres que, a través de una fe iluminada y vivida, hagan que Dios sea creíble en este mundo. El testimonio negativo de cristianos que hablaban de Dios y vivían contra él ha oscurecido la imagen de Dios y ha abierto la puerta a la incredulidad. Necesitamos hombres que tengan la mirada fija en Dios, aprendiendo ahí la verdadera humanidad. Necesitamos hombres cuyo intelecto sea iluminado por la luz de Dios y a quienes Dios abra el corazón, de manera que su intelecto pueda hablar al intelecto de los demás y su corazón pueda abrir el corazón de los demás. Solo a través de hombres que hayan sido tocados por Dios, Dios puede volver entre los hombres” (Subiaco, 1 de abril 2005).

Precisamente en Subiaco, pocos días antes de ser elegido Papa, Benedicto XVI, mirando a san Benito oculto en la cueva de Subiaco, nos dice: *Lo que más necesitamos en este momento de la historia son hombres que, a través de una fe iluminada y vivida, hagan que Dios sea creíble (otra vez) en este mundo... Necesitamos hombres que tengan la mirada fija en Dios, aprendiendo ahí la verdadera humanidad... Solo a través de hombres que hayan sido tocados por Dios, Dios puede volver entre los hombres.*

Y esta es nuestra responsabilidad con respecto a la Iglesia y al mundo, nuestra misión, nuestra tarea. Siendo monjes en medio de la ciudad de los hombres, con esa cercanía y distancia que nuestros fundadores han buscado desde el principio al fundar nuestro Monasterio de la Santísima Trinidad de Las Condes. Con cercanía y, al mismo tiempo, distancia de nuestra ciudad de Santiago, de modo que no tengamos que salir nosotros a buscar la ciudad de los hombres, sino con el ministerio de estar delante de ella como un centinela, acompañando a la distancia, pero como un faro que en la

oscuridad de la noche señala la luz de la fe. Nuestra misión es, y ha sido desde el principio, simplemente estar en este lugar, señalando y recordando una presencia viva de Cristo Resucitado, siendo al mismo tiempo para el desierto de la ciudad de los hombres, con todas sus exigencias y desamparo, como esos pozos–oasis que en lugares determinados dan en el desierto un solaz para que el peregrino pueda recuperarse, descansar, saciar su sed, y así pueda con nuevas fuerzas reanudar su camino. Y para que verdaderamente podamos ser faro, pozo–oasis para el habitante de la ciudad, nuestro voto de estabilidad no podemos entenderlo solamente como un permanecer en este lugar, sino permanecer con la mirada puesta y fija en Él, Jesús, el Hijo de Dios vivo, nuestro Salvador, que es *el Camino, la Verdad y la Vida*. Permanecer en este lugar no es solo construir, cuidar, defender, es también habitar, estar.

“El futuro de la Iglesia surgirá de los nuevos santos. Y, por lo tanto, como hombres cuya capacidad de percibir va más allá de las frases y por eso mismo son modernos. Como hombres que saben ver más allá que los demás, porque su vida abarca espacios más amplios. (...) Surgirá una gran fuerza de una Iglesia interiorizada y simplificada. Porque los hombres estarán indescriptiblemente solos en un mundo totalmente planificado. Experimentarán, cuando Dios haya desaparecido por completo para ellos, su pobreza total y espantosa. Y entonces descubrirán la pequeña comunidad de creyentes como algo totalmente nuevo. Como una esperanza que les concierne, como una respuesta a las preguntas que siempre se han hecho en secreto. Me parece seguro que se avecinan tiempos muy difíciles para la Iglesia. Su verdadera crisis acaba de comenzar. Tiene que lidiar con grandes trastornos. Pero también estoy muy seguro de lo que quedará al final: no la Iglesia del culto político, (...) sino la

Iglesia de la fe. Ciertamente, nunca volverá a ser la fuerza dominante en la sociedad en la medida en que lo fue hasta hace poco. Pero la Iglesia experimentará un nuevo florecimiento y aparecerá a los hombres como la patria, que les da vida y esperanza más allá de la muerte” (Conferencia radiofónica, año 1969).

Esta profecía del futuro papa Benedicto XVI para la Iglesia podemos asociarla a esa otra profecía que recibe san Benito antes de morir, sobre el futuro de su Monasterio de Montecasino, y que el papa san Gregorio Magno la cuenta así: «*Un día que Teoprobo entró en la celda de Benito, lo encontró llorando amargamente (...) y le preguntó cuál era el motivo de dolor tan grande. El hombre de Dios le contestó: “Todo este monasterio que he construido y todo lo que he preparado para los hermanos, va a ser entregado a los bárbaros por disposición de Dios omnipotente. Apenas si he podido conseguir que se me conservaran las vidas de los monjes de este lugar”*» (Libro II de los Diálogos, XVII,1). Es una profecía que se repite a lo largo de la historia, para Montecasino, para la Iglesia de nuestro tiempo, y, en realidad, de siempre. Porque ya Cristo lo anunció, de alguna manera, cuando predijo la destrucción del templo y de la misma ciudad de Jerusalén. Y, sin embargo, de esas mismas cenizas brotaría un nuevo templo, una nueva Jerusalén, la Iglesia Universal: “*Destruyan este templo y en tres días lo volveré a reconstruir*”, dijo Jesús refiriéndose a su propia muerte y resurrección. Es la misma historia del pueblo de Israel que en el exilio en Babilonia, como un pueblo que peregrina en la noche, resurgirá con una fe ya más enraizada en el corazón que en esas estructuras visibles de las que había sido despojado radical y violentamente. A san Benito se le concede salvar la comunidad, no el monasterio, imagen de que lo que permanece para siempre

no son las estructuras, los edificios, sino que es la comunidad de los creyentes, en la medida que se va edificando en la fe, la esperanza, el amor. Por esto mismo, en su Regla san Benito intenta decir al monje que no se limite a construir edificios, que no se limite a cuidarlos y defenderlos, sino sobre todo que aprenda a habitarlos, construyendo la comunidad, para que así entonces el Monasterio no lo sea solo de nombre sino en verdad, o en profecía, para el monje, y para los que lo ven y visitan, sea Casa de Dios: que el Monasterio sea una buena parábola de la Casa de Dios.

Como prolongación de lo anterior, dejo para la reflexión personal estas palabras del Evangelio: *“Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”* (Mt 18,20); *“Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo”* (Mt 28,20).

*Abadía de la Santísima Trinidad
Casilla 27021. Santiago 27
CHILE*